

CARLOS MELLIZO¹ (†)

Wyoming

Quiero hablarles hoy a ustedes
del lugar donde yo vivo,
de la patria americana
donde nacieron mis hijos.
Llegué de España en avión,
y aterricé en este sitio
después de cruzar gran parte
de los Estados Unidos.
Aquí he vivido mi vida,
aquí es donde he envejecido.
El invierno de Wyoming
es largo, nuboso y frío,
pero el verano, aunque corto,
es luminoso y fresquito.
Abundan percas y truchas
en los lagos y en los ríos,
y es el número de antílopes

¹ ANLE y Profesor Emérito Distinguido de Filosofía en la Universidad de Wyoming, y docente de Literatura Española en la misma institución (1942-2019). Autor de una amplia producción como escritor, ensayista, traductor y poeta. En el año 2013 recibió por el Estado Español la Cruz Oficial de la Orden de Isabel la Católica en reconocimiento a su comportamiento extraordinario de carácter civil como profesor e investigador. El poema selecto forma parte de su poemario recientemente publicado *Ante la llegada y otros poemas prosaicos* (Nueva York: ANLE, 2018). Véase en este mismo número el ensayo sobre su obra.

prácticamente infinito.
Coyotes los hay también,
que, a la noche, con aullidos,
asustan a las ovejas
y las matan a mordiscos.
Entre la verde espesura
de álamos, jaras y pinos,
robles, acacias y chopos,
corren los ciervos a brincos;
y surcando el cielo azul,
vuelan halcones y mirlos.
Preciso es reconocer
que es Wyoming muy bonito
y que tiene un especial
y poderoso atractivo.
Una causa de su encanto
es que está casi vacío
de habitantes y de pueblos,
y que no hay aquí bullicio.
Reina el silencio del campo
y apenas si se oye un ruido,
con la única excepción
del tren de la Unión Pacífico
que motea el horizonte
de vagones amarillos.
Transporta aceite y carbón,
y se anuncia con silbidos
que se escuchan a lo lejos
como si fueran relinchos.
El parque de Yellowstone
es admirable y magnífico
ejemplo de lo que debe
ser un parque de este tipo.
Por sus vastas dimensiones,
por sus quebradas y abismos,
y por la fauna diversa
que en él vive desde antiguo,
carece de parangón
en el mundo conocido.

Allí está *Inspiration Point*,
un mirador de granito
desde el que puede observarse,
deslizándose entre riscos,
una inmensa catarata
que parece de aluminio
y que cae majestuosa
sobre un hondo precipicio.
Quietas lagunas sin fondo
bajo los nevados picos
reflejan en su cristal
el algodón de los cirros,
y es todo lo que se ve
réplica del Paraíso.
Otra cosa de Wyoming
es que hay por aquí escondidos
en lugares subterráneos
numerosísimos silos,
no de trigo ni cebada,
sino de cohetes mortíferos,
con cabezas nucleares
todos ellos bien provistos.
Uno solo bastaría
de estos misiles malditos
para borrar del Planeta
a todos los que vivimos.
¡Mala suerte que a Wyoming
lo haya el Gobierno escogido
de miedoso polvorín
para sus fines políticos!
Sólo me resta decir
como colofón o epílogo,
que el que yo resida aquí
estaba escrito en los libros,
y que vano es el empeño
de luchar contra el destino.
A veces, cuando estoy solo,
me acuerdo del Buen Retiro,
de las calles de Madrid,

de familiares y amigos.
Hasta me da por pensar
que no debí haberme ido
del barrio de Salamanca
donde corrí cuando chico.
Pero luego, con más calma,
recapacito y me digo
que ha sido buena la vida
que en Wyoming he vivido,
aunque España para mí
jamás muera en el olvido.

